



UNCIÓN DE LOS ENFERMOS. PERSPECTIVAS BÍBLICAS E HISTÓRICAS¹

«Si uno de ustedes cae enfermo que llame a los ancianos de la comunidad para que recen por él y lo unjan con aceite invocando el nombre del Señor. La oración hecha con fe sanará al enfermo y el Señor lo hará levantarse; y si ha cometido pecados, se le perdonarán» (St 5,14-15).

Premisa

Entre los muchos dramas que enfrenta el ser humano está la enfermedad, que trae consecuencias para el paciente y para las personas que están a su alrededor, especialmente familiares y amigos.

Esto tienen también un impacto directo en la comunidad de fe. Vale la pena recordar aquí la clásica imagen del cuerpo y sus miembros descrito por el apóstol Pablo: *«El cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos... Si un miembro sufre, todos sufren»* (1Cor 12,13.26). En atención a estos miembros que sufren, la Iglesia, desde sus inicios, ha estado presente y prestado asistencia a sus hijos e hija enfermos.

Esta atención la vive “también” por medio del *Sacramento de la Unción de los enfermos*, con la que quiere perpetuar el cuidado de Jesús por los enfermos.

Nunca olvidamos que Jesús es el Sacramento de Dios, y la Iglesia es sacramento de Jesús: no se trata pues de ir a buscar cuando Jesús nos ordenó hacer una cosa, sino repetir sus propias acciones.

I. LA ENFERMEDAD Y LA CURACIÓN EN LA SAGRADA ESCRITURA

1. En el Antiguo Testamento²

El binomio enfermedad-curación en el Antiguo Testamento debe entenderse desde el contexto cultural del Antiguo Oriente. Aquí, la enfermedad aparece relacionada con las fuerzas del mal y del pecado. Una forma común de obtener la curación era la práctica de exorcismos y rituales mágicos de curación. En la Biblia, la cuestión de la enfermedad no se trata de forma aislada ni siquiera del estricto punto de vista de la ciencia, sino desde la perspectiva religiosa de la relación del enfermo con Dios y viceversa. La enfermedad es vista como algo que afecta al ser humano en su totalidad.

Más que preguntar acerca de la causa natural de la enfermedad, la Sagrada Escritura se ocupa de su significado o su porqué. De esto provienen diferentes interpretaciones, siendo común la vinculación de la enfermedad al pecado, al castigo de Dios y a la posesión demoníaca. Todavía no hay respuestas satisfactorias a las cuestiones relacionadas con el sufrimiento, sobre todo de los justos, tal como aparecen retratadas en el libro de Job.

Para la cura de enfermedades, se recurre a los métodos terapéuticos de la naturaleza, sobre todo de las plantas. Entre estos productos, destaca el óleo, que además de ser utilizado en la curación y purificación de la enfermedad también se utilizó en la consagración de objetos (altares y monumentos) o personas (sacerdotes, profetas y reyes).

¹ Textos de referencias:

- Unción de los enfermos, Theologica Latino Americana (theologicalatinoamericana.com/?p=1433)

- P. Caspani, Segni della Pasqua, segni per la vita. EDB

² Unción de los enfermos, ob.cit.

El comportamiento con los pacientes es de una doble actitud: por un lado, se aconseja la práctica de visitar y darles la debida atención (cf. Sal 40,4; Job 2,11); por el otro, la ley prescribe la exclusión de la comunidad de todas las personas víctimas de enfermedades contagiosas tales como la lepra (cf. Lv 13-14; Nm 12,10.15).

Es en este contexto que hay que entender ciertas actitudes de Jesús hacia los enfermos.

2 En el Nuevo Testamento³

En el Nuevo Testamento, hay numerosas referencias sobre diferentes tipos de la enfermedad (fiebre, hemorragias, hidropesía...), así como sobre personas con discapacidad (cojos, ciegos, sordos, mudos, paralíticos...). Los medios utilizados para la curación son: oleo (Mc 6,13; Lc 3,18; St 5,14), vino (Lc 10,34), colirio para los ojos (Ap 3,18), aguas termales (Jn 5,2ss), saliva (Mc 7,33; Jn 9,6), barro (Jn 9,6ss)...

*«Los Evangelios subrayan el hecho de que Jesús **cura** a los enfermos (el verbo griego *therapeuein*, "**curar**", aparece 36 veces, mientras que el verbo *iasthai*, "**sanar**", se encuentra 19 veces), y curar significa sobre todo "servir" y "honrar" a una persona, tener cuidado por ella.*

Jesús ve a la persona en el enfermo, hace emerger su singularidad y se relaciona con la totalidad de su ser, captando su búsqueda de sentido, viéndolo como una criatura capaz de orar y marcada por el pecado, movida por la esperanza y dispuesta a abrir la fe. , deseoso no solo de curación, sino de lo que pueda dar plenitud a toda su vida. El terapeuta Jesús muestra que lo que importa es el enfermo, mucho más que su enfermedad...

En el encuentro con los enfermos, Jesús nunca predica la resignación, no tiene actitudes fatalistas, nunca afirma que el sufrimiento nos acerca a Dios, nunca pide ofrecer sufrimiento a Dios, no alberga actitudes dolorosas: él sabe que no el sufrimiento, sino el amor salva!

Jesús siempre trata de devolver la integridad de la salud y la vida al enfermo, lucha contra la enfermedad, dice no al mal que desfigura al hombre ...

Además, Jesús está profundamente involucrado con la situación personal de los enfermos: su sufrimiento lo sufre el mismo Jesús que siente compasión por ellos, es decir, entra en un movimiento de sufrimiento que también le envuelve emocionalmente....

¡Jesús no sana sin compartir!»⁴

*«Jesús **no sanó a todos** pero -- nos dicen los Evangelios -- **curó a todos** los que encontró... Resumirá Pedro en una predicación relatada en los Hechos de los Apóstoles: «Jesús de Nazaret pasó haciendo el bien y sanando a todos los que estaban bajo el poder del diablo» (Hch 10:38)⁵.*

Jesús utilizó estos medios terapéuticos para dar un nuevo sentido al misterio del sufrimiento humano.

Lejos del curanderismo, las curaciones realizada por Jesús en realidad son signos mesiánicos de la salvación que suceden aquí y ahora y apuntan a la escatología plena del Reino del Padre, donde no habrá sufrimiento ni llanto ni dolor. Tales curaciones son signos simbólico-sacramentales de la fuerza liberadora de Jesús en favor del ser humano integral, a saber, la curación de la enfermedad del cuerpo y la liberación de la persona del pecado y la muerte.

³ Ibid.

⁴ L. Manicardi, *L'umano soffrire. Evangelizzare le parole sulla sofferenza*. Edizioni Qiqajon 2006

⁵ E. Bianchi, *Come Gesù cura e guarisce*, en www.monasterodibose.it

1. Jesús, por un lado, desvincula la concepción de que la enfermedad es consecuencia del pecado o castigo de Dios: Los discípulos le preguntaron: «*Maestro, ¿quién pecó para que naciera ciego? ¿Él o sus padres?*». Jesús contestó: «*Ni él pecó ni sus padres*» (Jn 9,3a).

2. Por otro lado, busca inculcar en las mentes de sus contemporáneos que la enfermedad puede ser enfrentada en el contexto de la fe como algo relacionado con el plan de Dios: «*Ni él pecó ni sus padres, sino para que en él se manifiesten las obras de Dios*» (Jn 9,3b).

De hecho, Jesús dio un nuevo significado al sufrimiento y la muerte, gracias a su entrega incondicional en las manos del Padre, asumiendo y redimiendo el dolor de la humanidad. Desde entonces, el dolor, la enfermedad y la muerte no son un obstáculo para el plan salvífico de Dios manifestado en Jesucristo. El camino liberador de Cristo, y ahora de la Iglesia, pasa por el acontecimiento de la Pascua, en su doble vertiente de la muerte y resurrección. Y como Cristo, también la Iglesia lucha y vence el mal, la enfermedad y la muerte.

Los discípulos de Jesús siguieron el ejemplo del Maestro. Sanar a los enfermos era tarea primordial de la misión evangelizadora de la comunidad apostólica: «*Ellos salieron a proclamar que el pueblo se convirtiese. Expulsaban a muchos demonios, ungían con óleo a muchos enfermos y los sanaban*» (Mc 6,12-13). Los Hechos de los Apóstoles, especialmente en los capítulos 2 y 3, describen cómo la comunidad de creyentes creció mediante la predicación, la conversión, el bautismo, la eucaristía y otras acciones extraordinarias llevadas a cabo en el nombre de Cristo, por ejemplo, la «*curación del paralítico*» (Hch 3,1-26). Estas acciones son como una repetición de las que Jesús hizo y tienen las mismas secuencias de lo que se narra en los Evangelios.

3 La enfermedad y la curación en la práctica de la Iglesia

Las comunidades cristianas desde el principio trataron de poner en práctica los gestos (rituales) de curación realizados por Jesús.

El texto de la carta de Santiago es un importante testimonio de esto. Este texto fue la base para una reflexión teológica posterior sobre lo que hoy llamamos «*Sacramento de la unción de los enfermos*»:

«*Si alguien está afligido, que ore. Si está alegre, que cante salmos. Si está enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración que nace de la fe salvará al enfermo, el Señor lo aliviará, y si tuviera pecados, le serán perdonados*» (St 5,13-16).

El apóstol Santiago, además de presentar una práctica en vía de institucionalización, utiliza términos que expresan la complejidad existencial de la situación del paciente y la acción pastoral de la comunidad: **oración, unción, conforto y alivio, curación, perdón de los pecados**.

A diferencia de otras referencias neotestamentarias acerca de la enfermedad y la curación, el texto de Santiago presenta de manera más explícita, la intención sacramental del gesto, unido a la palabra de oración que la comunidad eleva a Dios en favor de los enfermos.

1. Cuando se habla del sufrimiento y la alegría, el Apóstol sugiere que, independientemente de las circunstancias de la vida, **todo debe ser visto desde Dios y para Dios** (oración y canto).

2. Luego, habla de la enfermedad como tal, y es cuando llama los presbíteros de la comunidad. Estos actúan con un gesto simbólico, la unción con óleo y una oración hecha con fe. El efecto de esta doble acción es **la salvación, el restablecimiento y el perdón de los pecados**.

3. Finalmente, Santiago habla de ritos destinados a los que están enfermos, no necesariamente moribundos. Se trata de una ***acción de carácter eclesial y comunitario***, una vez que es ministrada por los presbíteros de la Iglesia.

La eficacia se relaciona con la oración de fe en el Señor. Los efectos se refieren al ser humano, en su totalidad, aunque no excluyan la curación del cuerpo y no se limiten a ella. Sin embargo, el texto en cuestión para ser entendido en el sentido del sacramento de la unción de los enfermos, debe leerse a la luz de la Tradición de la Iglesia y no aisladamente de ella.

II. PERSPECTIVAS HISTÓRICAS

La historia de la práctica y de la teología de este sacramento se puede dividir en ***cuatro períodos***: de los siglos III al VIII; del siglo VIII al Concilio de Trento; del Concilio Trento al Concilio Vaticano II; desde el Concilio Vaticano II.

1. De los siglos III al VIII

Hasta el siglo VIII, el gesto de la unción estaba destinado a los cristianos enfermos, a excepción de los catecúmenos y los que siguen el itinerario penitencial.

Los documentos de este período insisten en la curación física como efecto del sacramento, aunque dicha curación se presenta como parte de un discurso más amplio de comunión con el Señor y su Pascua.

En cuanto a la celebración, corresponde al obispo bendecir / consagrar el aceite, que se puede llevar al hogar de los enfermos, donde la unción, en ocasiones, la realiza un familiar.

2. Del siglo VIII al Concilio de Trento

A partir del siglo VIII, los ministros ordenados intervienen cada vez de manera más constante en la administración de la unción.

Los textos que acompañan a este gesto identifican su efecto en la purificación del alma, con miras a la salvación eterna, mientras que las referencias a la curación física del que recibe la unción desaparecen paulatinamente.

Este cambio está relacionado con el cambio en el destinatario de la unción: ya no es una persona gravemente enferma, que sin embargo todavía tiene esperanzas de recuperación, sino uno que está en peligro cercano o inminente de muerte. En esta situación, la curación es normalmente imposible, por lo que nos preocupamos sobre todo por la salvación eterna del que recibe la unción.

¿Cómo se explica este cambio de destinatario?

¿Por qué, gradualmente, la unción ya no se da a los enfermos (aunque sea grave), sino a los moribundos?

La razón está ligada a la condición de los penitentes, es decir, de aquellos que, tras un pecado grave, recorrieron un camino penitencial en vista de la reconciliación con Dios y con la Iglesia (es decir, en vista de la absolución). Además de estar excluidos de la comunión eucarística, ni siquiera podían recibir la unción de los enfermos. Sin embargo, muchos de ellos, dado que el camino penitencial era muy severo y exigente, lo pospusieron hacia el final de la vida. Solo entonces, en el momento de la muerte o poco antes, recibieron la absolución y, en ese momento, pudieron comunicarse y recibir la unción.

Incluso cuando se difunden formas menos severas de penitencia (a partir de los siglos VI y VII), la unción permanece ubicada hacia el final de la vida y se ve cada vez más como una

especie de integración del camino penitencial del cristiano, que completa el perdón de los pecados ofrecido por el sacramento de la penitencia.

Sin embargo, no es tan fácil explicar en qué sentido debe entenderse esta terminación.

3. Del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II

Durante los cuatro siglos que separan el Concilio de Trento y el Concilio Vaticano II, no se puede decir que haya habido grandes progresos en la teología y en la práctica de la unción.

Con el Movimiento litúrgico, sobre todo a partir de la década de 1940, se provocó una renovación teológica. Esto gracias al estudio de las fuentes de la tradición genuina y el deseo de superar la concepción mágica de los sacramentos.

Dos líneas de renovación se deben destacar: la escuela alemana y la escuela francesa.

1. Los teólogos alemanes hacen énfasis en la dimensión escatológica del sacramento, relacionando la última unción con la unción bautismal. La unción es considerada «la consagración para la última batalla» como «sacramento de la resurrección», como un lugar de auto-realización de la esperanza escatológica de la Iglesia en el momento definitivo.

2. Los teólogos franceses, por su parte, tienen una teología de carácter más existencial. Siguen de cerca la teología subyacente de la Iglesia primitiva, hacen énfasis en la finalidad de la unción de los enfermos (no necesariamente en peligro de muerte) en su carácter curativo y terapéutico para el ser humano integral. En este entendimiento, sólo el Viático debe ser sacramento en la perspectiva de la muerte.

4. El Concilio Vaticano II

Otro punto de inflexión en la historia de la unción lo representa el Concilio Vaticano II, que introduce una nueva orientación (mejor: nos invita a volver a los orígenes), sin negar lo que se hizo hasta entonces: la *Unción de los enfermos*, no es el sacramento solo de los moribundos.

Por tanto, el momento oportuno para recibirlo es ciertamente ya cuando los fieles, por enfermedad o vejez, comienzan a estar en peligro de muerte⁶.

Además de aclarar que el nombre más apropiado del sacramento es «*unción de los enfermos*» (sin negar, no obstante, la expresión «*unción extrema*»), el texto especifica que no está destinado solo a quienes se encuentran al final de su vida; lo que no significa que no se les pueda dar a ellos también.

El destinatario del sacramento se identifica en aquel que, «*por enfermedad o vejez, comienza a estar en peligro de muerte*». Es decir en el caso de una enfermedad grave o de un debilitamiento del organismo debido a la vejez.

Las indicaciones ofrecidas por el Vaticano II se concretan en el ***Ritual del Sacramento de la unificación y pastoral de los enfermos***, publicado en latín en 1972.

Como se desprende del título, la presentación del sacramento se inserta en un discurso más amplio, que también concierne a otros aspectos de la pastoral de la Iglesia a los enfermos; será el tema de la siguiente y última catequesis.

⁶ SC 73: EV 1/126